



Podemos denominar este domingo como el de las “bienaventuranzas” o de la “felicidad”. El término “felicidad” es una derivación del latín “*felicitas*”-que a su vez se deriva de “*felix*” que significa “*fertil*”- y que indica el estado de alguien que verdaderamente posee aquello que satisface sus deseos más profundos.

Séneca, gran pensador de la antigüedad clásica, escribe en su obra “*De vita beata*”: “*todos los hombres deseamos ser felices y por ello intentamos descubrir qué es*”

¿Qué es realmente la felicidad? Creo que comprender esto, es uno de los mayores logros que se puede alcanzar, y a ello nos invita la palabra de Dios de este domingo. A menudo, inconscientemente, pasamos toda nuestra vida tratando de **evitar el dolor** (emociones negativas) y **sentir placer** (emociones positivas). Pero pocas veces tenemos una idea clara de qué es realmente la felicidad para nosotros, y cómo conseguirla.

Curiosamente, la propia sociedad del progreso está lejos de ella. A pesar de la tecnología avanzada, la vida siempre es insegura y está amenazada. No es fácil encontrar el ‘*secreto de la felicidad*’ que, evangélicamente, es como un tesoro escondido y una perla preciosa (Mt 13,44,46).

En este mundo, a menudo envuelto en la oscuridad de la desdicha, se ha producido el advenimien-

to de la plenitud del bienestar; el gozo de Dios se hizo carne con Jesús de Nazaret; el Hijo de Dios se ha convertido en un humilde galileo que ofrece a la humanidad la posibilidad de la verdadera delicia, por medio de la liberación del corazón de toda su esclavitud. Es el camino de las bienaventuranzas.



Teresa del Niño Jesús es la mística de la alegría. La experimentó abandonándose en los brazos del Padre del cielo, a pesar de experimentar su ausencia. Ella decía: “*A veces el pajarito [con el que se comparaba] parece creer que no hay otro otra cosa que las nubes que le rodean [...]. Ese es el momento de la alegría perfecta para el pobre ser débil [...]. Qué alegría para él quedarse allí a pesar de todo, mirando la luz invisible que se esconde de su fe*”.

La verdadera alegría, entendida como profundo bienestar interior que no decae ni siquiera en los momentos de sufrimiento, no es una piadosa ilusión; es la posibilidad concreta de descubrir el secreto de la dicha, porque el Espíritu de Cristo -gozo eterno de Dios- habita en nuestros corazones y nos hace criaturas nuevas. Y tiene un camino sobre el que se va cosechando: las bienaventuranzas.

Pero para recorrer esta senda, para dejarse plantar al borde de estas aguas siempre fecundas, necesitamos confiar en lo que nos dice. Necesitamos tener fe. Y tener fe, no significa poder explicarlo todo o tener una vida más fácil, sino encontrar estabilidad interior. Ya no se depende de nuestros éxitos o fracasos, sino de un **Otro** que nos ama y ese Otro es Dios.

La confianza de la fe no nos encierra en nosotros mismos. Nos abre al futuro y a los demás. Nos mueve a afrontar con valentía los problemas de nuestra existencia, y de nuestro tiempo.

La fe es como un ancla que nos fija en el futuro de Dios, en Cristo resucitado, con quien nos une inseparablemente. Si el Evangelio no permite ninguna especulación sobre la vida después de la muerte, sin embargo, nos comunica la esperanza de que veremos a Cristo, que ya es nuestra vida.

La confianza de la fe no es ingenua. Ella es consciente del mal que está presente en la humanidad, incluso en nuestros propios corazones. Pero no olvida que Cristo vino por todos.

La confianza de la fe suscita una mirada nueva sobre los demás, sobre el mundo, sobre el futuro. Es una “**explosión**” de gratitud y esperanza por la belleza que encierran las cosas, haciendo brotar de lo profundo de nuestro ser una la plegaria confiada; como la que surgió de sor Enmanuel (+2008) -religiosa belga que escogió el camino de la pobreza evangélica, pasando a ser hermana de los marginados a fin de que pudiesen sentir la caricia de un amor desinteresado- y que le decía al buen Dios:

“Ayúdame, Señor, a mirar tu rostro soleado, incluso frente a los peores acontecimientos; no hay uno solo de ellos que no pueda ser la fuente de un bien que todavía está oculto para mí, especialmente si confío en ti”.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 1, 1. 2. 3. 4 y 6

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche.
Será como un árbol plantado
al borde de la acequia:
da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin.
No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatara el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal.

El Salmo primero es la puerta de entrada a través de la cual uno ingresa en el rico mundo de los salmos. San Jerónimo lo define como **prefacio del Espíritu Santo**.

Comienza -en hebreo- con la primera palabra del alefato, la letra “alef” y concluye con la última, la “tau”. Verdaderamente sus pocas líneas vienen a ser como resumen de toda la Escritura y de la vida humana.

Los salmos no son tratados de teología o de ética: son oraciones que nacieron del dolor y del amor de la gente, del corazón del pueblo y de su fe. Palabras diferentes y más grandes que los hombres y

las mujeres encontraban dentro de sí como un don y, luego, las usaban para elevar la alabanza, para gritar desesperados, para no morir de pena cuando la oración seguía siendo el último eslabón con la vida.

En este salmo primero se nos dice lo que para Dios son los hombres: **árboles** (v. 3) o **paja** (v. 4). El árbol es sólido, vive, da fruto. La paja está a merced del viento, está muerta, es inútil, es desperdicio. Es un salmo que da paz y que invita a meditar la ley de día y de noche. Una tarea que no es obra de un jurista, sino del amor que se vive en comunión con Cristo.



¿Qué significa meditar día y noche? Pues que la cosa es tan preciosa que siempre está en nuestros labios y en nuestro corazón. Meditar está lejos de leer rápidamente. Significa leer, releer, contemplar, evaluar lo que leemos, orar sobre ello y ordenar nuestra vida según lo que Dios nos dice y, en este en concreto, se nos dice que la vida necesita arraigarse donde el elemento vital ofrece un alimento seguro y duradero.

Ninguna criatura, -árbol u hombre- lleva vida dentro de sí: dependemos del lugar donde nos enraizamos. Por eso el salmista afirma que la felicidad, o la corrupción del hombre, se decide donde tiene sus raíces para absorber la vida en sí mismo como lo hace el árbol; de ahí que el apóstol Pablo desea que los cristianos de Éfeso estén *“arraigados y cimentados en el amor... y que conozcan el de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser llenos de toda la plenitud de Dios”* (Ef 3, 17-19).

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO VI “PER ANNUM” “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Jeremías 17, 5-8

Esto dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor... Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto».



Lucas 6, 17. 20-26

En aquel tiempo, Jesús bajó del monte con los Doce, se paró en una llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo... Él... les decía: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo...